

—Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aun que no quiera, y volved aquí con ella: y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer más asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, más no era posible, según la mujer la defendía, la cual daba voces, diciendo:

—Justicia de Dios y del mundo: mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.

—¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador.

—¿Cómo quitar! respondió la mujer, antes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el ánimo de en mitad de las carnes.

—Ella tiene razón, dijo el hombre, y yo me doy por rendido

y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela, y déjola. Entonces el gobernador dijo á la mujer:

—Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa. Ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre y dijo á la esforzada y no forzada:

—Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostráredes, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios y mucho enhoramala, y no paréis en toda esta insula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de doscientos azotes: andad luego digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre:

—Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie.

El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su coronista fué luego escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la prisa que nos da su amo alborotado con la música de Altisidora.



CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cenceril y gatuno que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

DEJAMOS al gran Don Quijote envuelto en los pensamientos que le había causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábasele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana.

Lo cual visto por Don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino para encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su mantón de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo contino traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole, y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió á Don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desbrochar el pecho. Don Quijote, que la vió, llegándose á ellas, dijo:

—Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor Don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. A lo que respondió Don Quijote:

—Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados; y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesan. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera:

—Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda Don Quijote quiero darnos música, y no será mala siendo suya.

Fueron luego á dar cuenta á la duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedía Don Quijote, y ella alegre sobre modo, concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se había venido el día, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con Don Quijote; y la duquesa aquel día real y verdaderamente despachó á un peje suyo, que había hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza con la carta de

su marido Sancho Panza, y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trajese buena relación de todo lo que con ella pasase.

Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló Don Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio á las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad desquiciada.

Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antidoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse éon las libres,
con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.

El amor recién venido,
que hoy llegó, y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura
ni se muestra, ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros,
y asimismo los levanta.

Aquí llegaba Don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo,

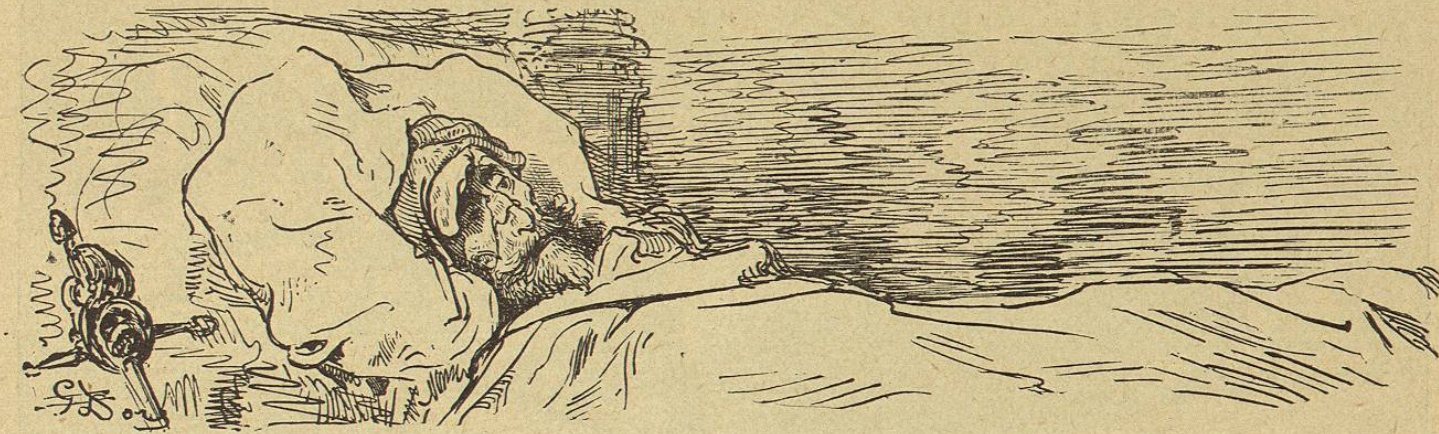


Mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo.

con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo.

Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces:

—No me lo quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es Don Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas gruñía y apretaba.



cuando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de Don Quijote á plomo caía, descolgaron un cordel, donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados á las colas.

Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habían sido los inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso Don Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra parecía que una legión de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por dō escaparse.

El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse Don Quijote en pie, y poniendo mano á la espada comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces:

—¡Fuera, malignos encantadores, fuera, canalla hechiceresca, que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones; y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices

Mas en fin, el duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó Don Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de aparcio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas, con voz baja le dijo:

—Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goees ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro.

A todo esto no respondió Don Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gataca encantadora y cencerrena, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido á socorrerle.

Los duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó cinco días de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

